

Queridos amigos amigas y vecinos y vecinas,

Gracias por acompañarme acá, en mi casa. En esta plaza que, para mí, es símbolo de hogar. Aquí nació y crecí, en esa escuela estudié. Por estas calles he caminado toda mi vida. Aquí vivo, junto a mi familia. Aquí viven mis padres, mi hermano y hermanas, mis amigos y amigas. Aquí viven más de 50 mil hombres y mujeres, en un Chile que no siempre sale en las noticias, pero que también es columna vertebral de nuestra patria.

Esta ciudad representa también lo que soy y cómo vivo: una mujer del norte, diaguista, madre, hija y esposa. Una profesora, orgullosa de mi vida, de mi gente y de mi pueblo. Como 8 de cada 10 chilenos y chilenas, no he tenido más capital que el mérito, el ejemplo de mi familia y el amor de mis cercanos.

Era una adolescente cuando inicié mi compromiso con las causas comunes, con una democracia que, entonces, parecía un sueño. Algo tan simple como el respeto para cada uno y cada una, por su vida, por sus ideas, no estaba asegurado. Abracé la idea del trabajo colectivo y solidario, amoroso, a la vez tenaz y pacífico, como única manera de resolver los conflictos. **Muchas veces el diálogo parece una tarea titánica, créanme. Pero lo que no se dialoga, escala, y daña a muchas más personas.**

Nuestro país enfrenta un momento desafiante y hermoso. El modelo de desarrollo de las pasadas décadas cumplió su ciclo, después de una dictadura sangrienta. El progreso material del país no solo no fue compartido, sino que abrió un abismo que se ensancha entre quienes tienen y quienes no tienen. Entre quienes toman decisiones y quienes las sufren. **Ese abismo, esa violencia sostenida de un sistema entero contra las personas, se transformó en estallido social, en despertar rotundo y sostenido, que exige claramente el fin de los abusos y los privilegios;** que exige que las instituciones derroten la desconfianza que las afecta, cumpliendo su propósito de servicio a las personas.

La pandemia dejó al descubierto nuestras debilidades como sociedad y como seres humanos, la fragilidad en que vivimos, y el abandono doloroso del Estado frente a nuestra emergencia. 34 mil personas nos faltan hoy, una magnitud de dolor y ausencia que cuesta demasiado procesar.

¿Cuándo, si no en un momento de tanta vulnerabilidad como este, podemos reafirmar que la vida como sociedad y como país debe construirse sobre otros valores?

El individualismo, la acumulación como fin y el egoísmo han delatado su fracaso más brutal como pilares para construir una sociedad.

Chile nos convoca a construir una nueva sociedad, fundada en otros principios. A que transitemos de este modelo de la competencia, del crecimiento a toda costa, que pasa por encima de comunidades y ecosistemas, que excluye a millones, que privilegia a pocos; a una sociedad de la solidaridad, de la inclusión y la colaboración.

Parte esencial de ese cambio pasa por la nueva constitución que se ha comenzado a escribir, con todas las voces y todas las miradas, con una amplitud jamás vista en Chile. Abrir las puertas de esa deliberación al pueblo soberano y no solo a las élites intelectuales y económicas es un paso enorme, que solo fue posible gracias a las grandes mayorías.

Pero el cambio no se agota en una nueva constitución. Nuestra sociedad debe ir a la par con esa deliberación, y los gobiernos deben responder a exigencia de cambio desde ya.

Y no, no hablamos de cambios cosméticos, sino en serio. Y sí: hablamos de redistribución del poder. Hablamos de hacer carne un Estado que abandone el asistencialismo y se haga cargo de promover a las personas, de asegurarles cuidado, educación, salud, protección, seguridad, trabajo decente, pensiones dignas. Que garantice la libertad, con las oportunidades que verdaderamente permiten hacer que la libertad exista.

Hablamos de asegurar agua a las personas. ¡Agua! Así de esencial. Hablamos de ir más allá de un modelo extractivista por fin, para abrazar la innovación, las energías renovables, los procesos industriales limpios.

Hablamos de regiones con voz propia, autoridades propias, recursos propios, sin la exasperante tutela centralista. Hablamos de dejar de considerar a Chile entero una posible zona de sacrificio.

Y lo digo con conocimiento de causa, porque Atacama siempre ha sido una tierra postergada. Dio Chañarcillo para enriquecer al poder central, dio Tres Puntas para dar dinero a los que más tenían. Ahora sigue explotado, pero resulta que también han contaminado sus playas en Chañaral, secado sus ríos en Copiapó, contaminados su aire en Huasco, infestado hasta el olor en Freirina, desplazado sus glaciares en las montañas arriba Alto del Carmen.

De esto hablamos.

De reconocimiento a de nuestros pueblos originarios, plurinacional y multicultural. Un país en que el arte y la cultura es un derecho para todas y todos.

Un Chile en paz.

Sabemos también que esta pandemia nos ha dejará desafíos inmediatos. Una economía golpeada en todos sus indicadores: desempleo, caídas en los ingresos, informalidad laboral. Por supuesto, con las mujeres como principales afectadas una vez más.

Experimentaremos una salud pública exigida al límite, con el personal agobiado, sin descanso, desfinanciada, listas de esperas aumentadas. Enfrentaremos una educación con dos años prácticamente perdidos ante la incapacidad del gobierno de proponer soluciones reales. Una pérdida que, nuevamente, golpea a los más pobres.

Veremos miles de pymes al límite, sectores completos abandonados a los que recién ahora después de los acuerdos de mínimos comunes se ha podido acompañar.

Y esa es la segunda exhortación que nos hace nuestra patria: vamos a reconstruir Chile. Esa debe ser nuestra principal tarea los próximos cuatro años. Pero esa reconstrucción no puede ser solo una colección de medidas económicas; debe ser entendida como una nueva base de dignidad, que amplíe su foco hacia las grandes mayorías, que no desconfíe de las personas, que sirva no para vestir los discursos de los gobernantes, sino para abrir caminos a las personas.

Por eso estamos hoy aquí, porque los desafíos son grandes y la tarea ardua. **No tenemos un minuto que perder, no hay tiempo de ensayos y errores, debemos poner nuestra experiencia al servicio de Chile ahora mismo.**

Nada enorgullece más que servir a nuestro país a nuestro pueblo y a nuestra Patria.

Y hoy, ante ustedes, acá en mi casa, me pongo al servicio de Chile para conducir este desafío de reconstruir nuestro país en unidad, en dignidad y en diversidad, junto a todas y todos, a que caminemos juntos, a que recorramos cada rincón de Chile, a que no quede nadie fuera de esta invitación.

Pero este proyecto tiene una condición: es un proyecto colectivo. Solo es posible en la construcción de mayorías sólidas en la que el pueblo deposite su confianza con la certeza de la gobernabilidad, de políticas públicas serias y sostenibles, liderazgos responsables.

Requiere de la unidad política y social. Requiere de ciudadanía, porque acá es el pueblo de Chile el que ha despertado y se ha puesto de pie.

Por eso, el nuevo Chile solo lo podremos construir con la más amplia participación, escuchando más y hablando menos, conociendo de verdad los problemas, caminando por nuestras calles. Volviendo a nuestros territorios.

La centroizquierda debe estar más unida que nunca. Solo la unidad de las fuerzas transformadoras puede ofrecer caminos serios al país. Ya pasamos por suficientes momentos en que hicimos las cosas mal, aún es tiempo de enmendar el rumbo. Es mucho lo que está en juego.

En este camino debemos estar todas y todos los que creemos en este nuevo Chile. Con unidad genuina. Poniendo siempre los intereses superiores del país por sobre las legítimas aspiraciones personales. Por eso quiero saludar a Carlos y a Paula, con respeto, aprecio y reconocimiento. Su liderazgo y sus ideas son indispensables para el nuevo Chile. Estoy convencida que caminaremos juntos en este desafío, Chile no entendería otra cosa.

Estoy disponible para que lleguemos unidos, en una candidatura única, a noviembre. No tiene sentido la división. **Las fuerzas políticas de la centroizquierda deberán concordar el**

mejor mecanismo, el más eficiente y confiable para resolver el mejor nombre. Me someteré a esa decisión.

Queridos amigos y amigas, vecinos de toda mi vida:

Esta tierra en la que estamos es la misma que lideró la Revolución Constituyente de 1851. Atacama fue la cuna de la gran resistencia de las regiones contra el centralismo. Grandes cambios sociales han surgido de la conciencia colectiva del norte de Chile.

Hoy esa conciencia remece a Chile entero: la conciencia de un país que se reescribe a sí mismo, sin exclusiones, con diálogos difíciles, irreductible en su destino de cambios, pero también irreductible en su vocación de democracia.

Los invito, las invito, a unirnos para que ese destino de equidad, dignidad y respeto, sea una realidad cuanto antes.

¡VIVA CHILE!